

minar el código previo de su estructura, cuyas grandes cuestiones comprenden, entre otras, el estudio de la Península Ibérica y sus contactos exteriores hasta el siglo XV, el espacio americano, las culturas precolombinas, la llegada de los europeos, el derecho de gentes, los intercambios socioculturales, la nueva sociedad americana y sus luchas por la independencia —previas a la decadencia de la monarquía universal—, así como la búsqueda de un nuevo orden y la también nueva dimensión cultural iberoamericana (quizás el aspecto que ha requerido mayor extensión, pues asume una referencia de la literatura desde sus orígenes, con mirada particular a los archivos historiográficos, a la inmensa crónica de Indias, sobre la que, por cierto, no es fácil encontrar una coordinación como la que aquí se presenta, y teatro, música —por cierto, música de la llamada «cultura», que a mi juicio es en América muchos menos relevante que la música popular—, pintura, arquitectura, costumbres, arte en general, como es lógico), para acceder por fin al pleno siglo XX en medio de sus grandes tensiones, desde las rémoras aurales de la crisis del 98 y el ascenso hegemónico de los Estados Unidos a la revolución cubana, los sucesivos gobiernos militares y la eterna pregunta del futuro y la idiosincrasia del hombre americano.

Uşlar Pietri ha arrojado la responsabilidad de introducirnos en este magma, pero antes de caer en la evidente paranoia de aludir a los entresijos formales del libro, a sus dificultades, pluralidad, méritos o insuficiencias, ha optado en veintitrés páginas por una decantada sinopsis de la historia iberoamericana, con sus anchas implicaciones religiosas, culturales y de identidad, que es también una adecuada síntesis del libro mismo: «El cristianismo, la lengua española y las instituciones del derecho romano españolizado constituirán la base de la creación de una nueva sociedad, que ya no podrá ser más la española, ni la indígena, sino otra cosa diferente y original».

En efecto, a poco que se repare y dicho sea de paso, parecida mecánica afecta a la constitución de la mayoría de los núcleos civilizadores, o sea, cruce relativo étnico y cultural, se trata de una constante, pero en la cuestión iberoamericana esto es siempre visto, desde fuera y también desde dentro, con un inusitado énfasis que persiste a través del criticismo de los siglos y de cualquier cambio de régimen político metropolitano con óptica de mayor o menor libertad, lo cual responde tanto a un idealismo patriomonalista como a una necesidad histórica. Toda la historia es un mestizaje de mestizajes.

Tal clase de debate es el que encierra mayor grado de entrañabilidad y lógica política y ostenta también las mayores bolsas de bella palabrería. Tener en cuenta para la realización del ideal las tensiones internacionales y la mutua conveniencia, con base en la familiaridad de la herencia histórica, es su única posibilidad de progreso.

Por fortuna, ya parece que historiográficamente se está algo más lejos de los extremismos particularistas y sin duda morbosos de las famosas leyendas «negra» y «rosa», que tuvieron por un lado la rivalidad política y económica (hoy todavía Isaac Asimov le resta gloria a Colón diciendo que no descubrió la continentalidad de América, sino unas islas) y por otro lado la mojigatería interesada de maquillar el pasado a conveniencia para que perviva sin mácula el espíritu de cruzada.

Pero actualmente nadie ignora que el descubrimiento (para los europeos) y la arribada (para los indígenas) a las Américas es eso, un hecho irreversible, y un hecho tan inconmensurable que admite por igual las dos leyendas y cualquier cosa que se le quiera echar, desde la evangelización sincera legitimadora y la codicia humanamente vil a la esclavitud y la perenne mala conciencia áulica, el atropello ciego y la lucha noble por los Justos Títulos, el sueño más tarde independentista y la penetración de otros colonialismos más adecuados a la nueva cultura del microcircuito, la transnacional y la manipulación de la democracia. Lo admite todo y lo interesante es que incluso desde la vertiente digamos tradicional e institucional se asiste, sin ensañamiento en verdad, a cualesquiera contrapartidas del pasado verídico.

Se asegura en la introducción que este libro cuenta la historia de una comunidad muy pocas veces contada, lo que en principio choca frente a la intensa marea bibliográfica y a la inquietud secular del hispanismo, pero si se tiene en cuenta que estamos más acostumbrados a las parcelaciones, ya sean temporales, biográficas, regionales o temáticas, con su factor disgregante o asistemático, hay que convenir en que el estudio conceptualizado de la totalidad ilativa filipino-hispanoamericana, que empieza con los celtíberos y la expulsión de los musulmanes y llega, por ejemplo, a los problemas de integración del hispanoamericano en los Estados Unidos y a la deuda externa, no es demasiado frecuente, ni tampoco la incorporación para el lector en castellano del orbe portugués-brasileño.

Cuentan aquí beneficiosamente la simultaneidad, la síntesis y la actualización, una magnífica rampa para enten-

der que la pertenencia de España y Portugal a la Comunidad Económica Europea haya revitalizado, con los restrictivos ajustes pertinentes, el hermoso sueño de Bolívar: «Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Nuevo Mundo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo»². La utopía célebre hoy se reduce, en palabras del autor de la cita, Roberto Mesa, al «perfeccionamiento de grandes zonas de entendimiento y defensa económica», como ideal no por lejano menos necesario que pasa por la independencia y la soberanía de los pueblos, sólo que habría que preguntarse con cautela si esta independencia, para consumarse, tiene forzosamente asimismo que pasar, como en el caso de Cuba (también de Nicaragua en cierto modo) por el horror de incidir en el precario equilibrio de los dos bloques de poder universales, que enturbia toda la grandeza práctica de la dignidad en rebeldía.

Las fuerzas del equilibrio y la alternancia son hoy Europa. Y aquí puede residir uno de los aspectos contemporáneos de lo que se ha denominado la «pasión del iberoamericano», esto es, el compendio de su historia, raza, lengua y cultura en general que tienen su raíz y vehículo continental europeo en la Península Ibérica. El logro étnico del mestizaje y las aspiraciones criollas, de donde sale la clase dominante, la llamada por el chileno Antonio Antileo Reiman la «oligarquía blanca», no debe hacernos olvidar la existencia en la pobreza menospreciada de no menos de noventa millones de indios, que son más americanos que nadie y tienen menos que nadie.

Pero al mismo tiempo nos damos cuenta de la insuficiencia de estas palabras dada la complejidad del proble-

ma. Al fin y al cabo ahora sólo se trata de dar noción —noticia sucinta— de un libro y, en tal sentido, obvian otros planteamientos.

Sólo transmitir una idea cabal de sus múltiples contenidos, extensos y equilibrados, ya requeriría inusual espacio y por ello no es enteramente lícito detenerse a señalar eventuales lagunas o tratamientos menores. No obstante, si hubiera que echar de menos alguna que otra falta de prolijidad cabría inclinarse por cuestiones relacionadas con los ritos sacrificiales indígenas, por las causas y efectos, expresados quizá con más detalle, de la expulsión de los jesuitas del Brasil, considerada como uno de los antecedentes de la revolución americana; por la ya indicada desatención a la música popular, la amenaza de desequilibrio ecológico de la Amazonía y el conflicto internacional de las plantaciones de coca, los «escuadrones de la muerte» y el narcotráfico. Tampoco hubiera sido inoportuno estudiar la idea de bloque comunitario a la luz del terrorismo separatista peninsular y otras fiebres autonómicas europeas como signo de los tiempos simultáneo a los acuerdos económicos y comerciales.

Basta augurar a esta *Iberoamérica, una comunidad* funciones mensuradas que van más allá, o pueden ir más allá, de la posible simple patrioteria del quinientos aniversario.

«Quizá nuestro destino histórico —ha escrito Germán Arciniegas con una terminología de noble resonancia antañona— esté por poder llevar a la Gran Asamblea del Nuevo Mundo las cosas buenas que trajeron de la Madre Patria los seguidores de Bartolomé de Las Casas, de Francisco de Vitoria o de las Comunidades de Castilla. En la organización de las naciones americanas tendrían que florecer muchas cosas que España misma no logró imponer en el Viejo Mundo». Y tanto. Pero es legítimo dejar a salvo el idealismo doctrinario cuando comporta belleza regeneradora.

Eduardo Tijeras

² Simón Bolívar: Carta de Jamaica, 1815.

La poesía española de 1935 a 1975

Reconstrucción crítica y realidad histórica

La abundante bibliografía crítica que a lo largo de los últimos treinta años ha merecido la poesía española entre 1935 y 1975 pudiera dar la impresión de que se trata de un campo de estudio hoy prácticamente agotado. Pero el conocimiento de un fenómeno literario no siempre guarda relación con el interés que ha suscitado, y uno de los ejemplos más elocuentes al respecto lo constituye, a no dudar, nuestra poesía convencionalmente denominada «de posguerra». Por ello seguía siendo urgente un nuevo examen completo y riguroso que, además de rehacer críticamente esos cuarenta años de historia literaria del género, indicase con nitidez los problemas fundamentales, deshiciera tópicos críticos inadecuados, replantease cuestiones mal enfocadas o solventadas, abordase aquellas sistemáticamente eludidas y, en fin, agotase, sin soslayar unos para enfatizar otros, los datos de diversa índole que han configurado esa larga y compleja aventura poética.

Con todo, aún se hacía más imperioso incardinar todos estos objetivos en un planteamiento globalizador y en una

adecuada metodología capaz de articular coherentemente las distintas perspectivas posibles. La dificultad de esta vasta tarea sólo podía afrontarla y resolverla magistralmente quien, como el profesor V. G. de la Concha, tuviese en su haber largos años de reflexión intelectual y de indispensables estudios parciales sobre el tema, que adquieren así su cumplido colofón. Huelga decir, pues, que su excepcional trabajo *La poesía española de 1935 a 1975*¹ está destinado a convertirse en obligado y fecundo punto de referencia para la investigación en prácticamente todas las cuestiones prioritarias que atañen a la poesía española producida en ese segmento temporal.

Los dos tomos que hasta la fecha han aparecido, circunscritos al período de 1935 a 1950, son sobradamente expresivos de cómo dicha labor proviene de bases metodológicas sólidas que garantizan un análisis denso, exhaustivo y siempre reacio a soluciones reduccionistas. Así, con el objetivo ambicioso de arrojar luz simultáneamente tanto sobre la dialéctica de la escritura poética de esos años como sobre la coyuntura en que se encuadra, G. de la Concha elige un enfoque histórico-cultural. Ello, más allá de situar el estudio en una tradición crítica extraordinariamente fecunda² guarda pertinencia con la consideración originaria del objeto de estudio —la poesía española de posguerra— como *proceso* con distintos y sucesivos tiempos dialécticos. El resultado consecuente de tal método y planteamiento viene a ser la reconstrucción crítica de una realidad histórico-literaria.

Asimismo, aplicar y desarrollar rectamente tales premisas ha implicado conjugar las perspectivas sincrónica —autores y obras— y diacrónica —tendencias sucesivas—, y no menos atender a la vez a la conformación progresiva de un marco teórico y al examen pormenorizado de libros y hasta de poemas aislados, lo cual genera una permanente tensión entre la visión globalizadora y la individual. Ambas se concilian casi siempre por medio de la visión en movimiento —líneas de fuerza— antes que por la pormenorización textual excesiva, no por ello inexistente en sus justos términos.

¹ Cátedra, col. *Crítica y estudios literarios*, Madrid 1987, 2 vols. El plan general de la obra consta de cuatro volúmenes (III: De la poesía social al grupo de los años 50; IV: De la renovación de los años 60 a los «novísimos») y un apéndice sobre posnovísimos y otros grupos. Obviamente, los distintos tomos conforman una única monografía unitaria, como indica la paginación sucesiva de los tomos I y II. Recordamos aquí los principales trabajos de G. de la Concha que anticipan a éste: *La poesía española de posguerra*, M., Prensa Española,

1972, y aunque ceñido a un marco temporal sólo recogido en parte del vol. I, la dirección y coordinación de la HCLE. *Época contemporánea (1914-1939)*, ed. F. Rico, Barcelona, Ed. Crítica, 1984, t. 7, caps. centrados en la poesía.

² *Pensamos en trabajos del perfil de los de M. Bataillon sobre el erasmismo español, o de N. Salomon sobre la comedia «nueva» auri-secular.*